

A Dios por la belleza. *La via pulchritudinis*

Eduardo Camino

Editorial Encuentro

Madrid, 2016

176 págs.



¿Qué tiene que ver lo bello con lo verdadero y bueno? ¿Por qué nos atraen personas y acciones que sabemos que no son buenas ni verdaderas? En este breve pero provechoso libro, Eduardo Camino nos devela la respuesta a estas incógnitas centrales para la vida de hoy. Centrales por su notable cualidad de ordenar la vida en todos sus ámbitos.

Todos sabemos que hay bellezas... y bellezas. Justamente en ese campo entra el autor, ya que no es igual el placer que produce contemplar el dibujo hecho por un niño al que genera la contemplación de la Capilla Sixtina. Y sin embargo, algo tienen en común. Se hace necesario distinguir entre múltiples muestras que se denominan *bellas*, un trabajo que requiere de un ojo fino.

En tiempos en que se enarbola la consigna de que *sobre gustos no hay nada escrito*, este —solo en apariencia sencillo— libro cuestiona esa idea, posicionando un

diagnóstico poco convencional: que el gusto es algo que se educa y trabaja, y que debe formarse para abrir los sentidos y la mente hacia la captación de nuevas bellezas.

Lo anterior se ve reforzado con el testimonio del Papa emérito Benedicto XVI, que enfatiza la necesidad de una *via pulchritudinis*, a decir del autor, "un camino de belleza que constituye al mismo tiempo un recorrido artístico, estético, y un itinerario de fe, de búsqueda teológica".

Ya no estamos, entonces, frente a un mero tratado de estética: se trata de una guía intelectual y práctica para conocer a Dios. ¿Por qué la belleza es hoy un camino privilegiado de evangelización y defensa de la fe? Camino aventura una respuesta: al ser Dios la Belleza absoluta e infinita, vale la pena intentar conocerle por esta vía, ya que "...toda belleza, como toda bondad y todo bien y toda unidad, ¡todo ser!, habla de Dios. Esta verdad, bondad y belleza están unidas en el ser, pero en el caso del hombre, al mediar su libertad, no necesariamente permanecen unidos en el obrar".

Por otra parte, como nos muestra el propio autor, la verdad muchas veces es árida y difícil de entender, mientras que la bondad es difícil en el orden de hacer. Ahí nos iluminan el camino las palabras de G. Thibon, que no podemos dejar de reproducir textualmente por su importancia: "una de las grandes debilidades del cristianismo histórico es haber sacrificado la estética a la moral y haber puesto casi exclusivamente el acento entre el bien y el mal, sin tener suficientemente en cuenta la oposición no menos esencial entre lo bello y lo feo".

Dicho de otra manera, un camino para distinguir bien y mal, y de buscar la felicidad, está en distinguir la belleza de vivir rectamente. Esa belleza está indisolublemente ligada a la obra maestra que es la propia vida, pero en la que también participan las obras maestras: cuando alguien pinta un cuadro, talla una escultura, narra una historia o escribe un poema, como nos lo recuerda Vincent van Gogh, citado por el autor: "...buscad comprender la última palabra de lo que dicen en sus obras maestras los grandes artistas, los maestros serios; hallaréis a Dios allí dentro". Y no es casual la referencia a los creadores: ellos participan —que se entienda bien, solo *participan*—, de una u otra manera, en la propia obra creadora de Dios. En todo proceso creador reside una chispa del poder creador de Dios, y en todo verdadero artista un "hijo de arte", es decir, un hijo del Creador.

Pero toda la reflexión en torno al arte y la creación —humana y divina— desemboca en un elemento esen-

cial en la vida de la fe: la liturgia. "La belleza nunca es mero *pulchrum* (belleza) externo, sino expresión misma del significado de los sacramentos, es decir, expresión del *verum* (verdad) que las palabras humanas no logran expresar". Se abre ahí el significado mismo del arte: la posibilidad de *decir* aquellas cosas que las palabras no alcanzan. Se trata de crear un lenguaje nuevo, más elevado pero más sencillo, pues se nos manifiesta de golpe. Queda entonces abierta la invitación a conocer y caminar esta vía, un regalo que nos es dado para conocerlo más a Él.

Rodrigo Pérez de Arce